

## Finales convulsos, nuevos horizontes: la praxis africanista de Miguel Villanueva (1903-1908)

*Turbulent endings, new horizons: the Africanist conception of Miguel Villanueva (1903-1908)*

Juan RHALIZANI PALACIOS  
Universidad de La Rioja

### RESUMEN

Miguel Villanueva y Gómez (1852-1931) fue uno de los prohombres del Partido Liberal más importantes de la Restauración. Tras más de veinte años como diputado por La Habana y Santa Clara (Cuba), pasó con el nuevo siglo a representar a Santo Domingo de la Calzada en la Cámara Baja hasta 1923. Dada la naturaleza de su primera etapa política, la cuestión de las posesiones de Ultramar y las relaciones comerciales entre potencias fueron un leitmotiv en su carrera, especialmente acentuado con la pérdida de la Gran Antilla, Puerto Rico y Filipinas. Se pretende exponer las primeras propuestas de Villanueva con respecto a Marruecos y Argelia y analizar su pensamiento político desde el *Gran Desastre* hasta el Gobierno largo de Maura, un giro que supuso un nuevo acercamiento al territorio norteafricano para conocidos políticos y empresarios. Tras el examen de toda la documentación, puede concluirse que el político madrileño engrosó la fila de distinguidas personalidades políticas y civiles que preconizaron la penetración pacífica en el territorio norteafricano, aparentemente sin distinguir entre intereses particulares e intereses nacionales, que se retroalimentaban.

### PALABRAS CLAVE

Miguel Villanueva; Marruecos; Argelia; África; Restauración; imperialismo; grupos de presión.

### ABSTRACT

Miguel Villanueva y Gómez (1852-1931) was one of the major figures of the Liberal Party during the Restoration. After more than twenty years as a MP for Havana and Santa Clara (Cuba), he went on to represent Santo Domingo de la Calzada in the Cortes until 1923. Given the nature of his first period in politics, the question of overseas possessions and trade relations between countries were a *leitmotiv* during his career, especially accentuated with the loss of Cuba, Puerto Rico and the Philippines in 1898. The main aim of this paper is to analyse Villanueva's proposals and his political thinking with respect to Morocco and Algeria from the Great Disaster until Maura's long government; a turn that heralded a new approach to the North African territory for well-known politicians and businessmen. Examination of the documentation leads to the conclusion that the Madrid politician joined the ranks of distinguished political personalities who advocated the peaceful penetration of the North African territory, without apparently distinguishing between private interests and national interests, which fed off one another.

### KEYWORDS

Miguel Villanueva; Morocco; Algeria; Africa; Spanish Restoration; imperialism; lobbies.

**CÓMO CITAR/ HOW TO CITE:**, Juan RHALIZANI PALACIOS, “Finales convulsos, nuevos horizontes: la praxis africanista de Miguel Villanueva (1903-1908)”, *Rubrica Contemporanea*, vol. XIII, n. 27 (2024), pp. 133-151.



Artículo recibido el 19-10-2023 y admitido a publicación el 25-1-2024.

<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.357>

*Rubrica Contemporanea*, vol. XIII, n. 27, 2024  
ISSN. 2014-5748



En 1898 España perdía el grueso de sus posesiones de Ultramar, localizadas en el mar Caribe y en el océano Pacífico. Por ello, los diputados y senadores que representaban a estos territorios en las Cortes españolas se vieron abocados a buscar puestos en las nuevas administraciones o a retornar a la Península en busca de nuevos destinos, siempre que su influencia lo permitiera. Con el antiguo Imperio liquidado, el único lugar que podía cumplir las fantasías de los imperialistas que existían por aquel entonces era Marruecos. Muchos de ellos fueron apoyados en parte por el catalanismo, especialmente los sectores enfocados en los intereses comerciales en el norte de África y Marruecos. El colonialismo en Marruecos, en palabras de Alfonso Iglesias, “no fue solo consecuencia del 98, sino también de un interés que ya venía de lejos (patente claramente en el africanismo decimonónico) o las responsabilidades impuestas a España por acuerdos entre otras potencias”<sup>1</sup>. En el caso que nos ocupa, el del político Miguel Villanueva, consiguió en 1899 un puesto de senador por la provincia de Logroño gracias a las gestiones de su amigo Práxedes Mateo Sagasta. Permanecería en él dos años más, hasta que, también por medio del viejo pastor y de su sobrino, Amós Salvador Rodríguez, logró el escaño por Santo Domingo de la Calzada. Además, en 1902, Villanueva fue ratificado por Sagasta como ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas.

Solamente un año después, a la muerte de Sagasta, la carrera política de Villanueva, que superaba los veinte años, no estaba ni mucho menos consolidada a nivel institucional. En el siglo XIX había sido dos veces subsecretario de la presidencia del Consejo de ministros y jefe de la Administración Local, pero su vehemente oratoria y su tendencia a la independencia lo situaban como un diputado disidente dentro de las filas liberales. Eso lastró su fulgurante carrera en la década de 1890, al situarse en contra de las reformas antillanas de Maura, por aquel entonces correligionario suyo en el Partido Liberal. Así, en 1903, cuando Villanueva contaba con cincuenta y un años, únicamente atesoraba un nombramiento ministerial de poca importancia (el de Agricultura, normalmente considerado como un Ministerio de entrada) y su influencia en el clan sagastino, la cual podía no serle de utilidad ante el pleito planteado por Montero Ríos, Moret y el marqués de la Vega de Armijo<sup>2</sup>.

En ese contexto, Villanueva encontró en los problemas que se planteaban en Marruecos<sup>3</sup>, y por extensión en el norte de África, una forma de consolidar su presencia

---

1. Alfonso IGLESIAS AMORÍN, *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)*, Madrid, Marcial Pons, 2022, p. 192.

2. En las “Digresiones preliminares” de su *De filología hispano-arábiga*, el periodista Guillermo RITTWAGEN habla sobre su relación de amistad con Miguel Villanueva desde 1903. Entre otros aspectos, narra la motivación pragmática que lanzó a su amigo a interesarse por Marruecos y el norte de África: la de situarse como un prohombre del Partido Liberal a la muerte de Sagasta y posibilitar su futuro ministrable durante la mayoría de edad de Alfonso XIII. Era una temática, a juicio de Villanueva, novedosa y por la que la clase política no se había preocupado, lo que le dotaría además de influencia, de un elemento diferenciador en comparación a otros colegas (*De filología hispano-arábiga*, Madrid, Librería Fe, 1909, pp. 4-7).

3. No eran nada nuevos si tenemos en cuenta que en la segunda mitad del siglo XIX ya hubo insignes políticos, como Segismundo Moret o José Carvajal, e intelectuales como Joaquín Costa que se ocuparon de ellos, especialmente de los problemas agrícolas, urbanos y habitacionales. Debemos destacar asimismo el grupo de presión Sociedad Española de Africanistas y Colonistas y su primer congreso, celebrado en la Universidad de Granada en 1892. Paradójicamente, cuando el africanismo civilista de principios del siglo XX empezó a resonar en el espacio público, muchos de estos intelectuales se negaron a participar de él por considerarlo estéril, inútil y acometido tardíamente. Dos grandes investigaciones siguiendo la perspectiva de Costa o de Moret son las de Jesús MARCHÁN GUSTEMS, “Costa, los Congresos

pública, demostrar sus conocimientos y validarse como preboste imprescindible del Partido Liberal sin la presencia o ayuda de su mentor Sagasta en la primera fila política. Trató, en esencia, de destacar en la temática africanista con la meta de conseguir una cartera que lo situara como ministrable a medio y largo plazo. La lograría en 1905, en el gabinete de Montero Ríos, y, posteriormente, en 1912, 1915, 1916 y 1923.

En el siguiente artículo se pretende conceptualizar el pensamiento africanista de Miguel Villanueva a inicios del siglo XX<sup>4</sup>. Para ello será fundamental analizar sus publicaciones, sus viajes y los discursos pronunciados en Cortes entre 1903 y 1908. El texto ha sido dividido en tres epígrafes diferentes. En el primero, se exponen las primeras incursiones del diputado en el tema, como sus viajes iniciales, preocupaciones e intereses económicos. En el segundo, se han trazado las líneas maestras del discurso público de Villanueva para justificar la *penetración pacífica* en el territorio norteafricano. Finalmente, en el tercero se perfila la transición desde que es nombrado ministro de Marina en 1905 hasta que Maura llega al poder, con temas tan importantes como la Conferencia de Algeciras o el Congreso Africanista de 1908. El texto se cierra con las conclusiones obtenidas tras la investigación.

### Los primeros acercamientos

Miguel Villanueva entró en la esfera de los temas africanos en octubre de 1903, cuando una comisión de ciudadanos melillenses se trasladó a Madrid para demandar al Gobierno más protección para la población civil en una plaza que era administrada bajo dominio militar. Solicitaban la creación de barrios urbanos, mejoras en el servicio del agua, cambios en la ineficiente Junta de Arbitrios, responsable de muchas de las obras que se acometían en Melilla, la creación de juzgados municipales y, en especial, una mayor diferenciación de las administraciones civil y militar. La comisión estaba apadrinada por Juan Villanova de la Cuadra, correligionario suyo, quien se la presentó. Villanueva, decididamente, se encargó en el Congreso de preguntar sobre el tema al ministro de la Guerra, Vicente Martítegui, y en diciembre dirigir una interpelación al nuevo ministro, el general Arsenio Linares<sup>5</sup>.

En la interpelación, Villanueva expuso las demandas de la comisión al ministro y le recriminó la profunda inutilidad de la Junta de Arbitrios por ser integrada en su mayoría por militares y calificó al régimen existente en Melilla de “dictadura irresponsable”<sup>6</sup>. Por consiguiente, reclamó al ministro una mejor distribución de los

---

Africanistas y la colonización agrícola en Marruecos”, en Francisco Javier MARTÍNEZ e Irene GONZÁLEZ (coords.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y Educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 465-490, y la de Juan Carlos FERRERA CUESTA, “Segismundo Moret y la construcción de una sociedad liberal en España y Marruecos”, en ídem e ídem, *Regenerar España y Marruecos*, pp. 61-87.

4. Miguel Villanueva es un personaje que no ha suscitado el interés de la historiografía contemporánea española o riojana. Su figura carece de estudios biográficos y sus citas en la literatura académica son muy desiguales. Por el contrario, sí son más abundantes en los libros de memorias de sus contemporáneos y en varias prosopografías parlamentarias de la época.

5. Para la comisión, RITTWAGEN, *De filología*, p. 5. Las preguntas de Villanueva en *Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados* (en adelante DSC), n° 56, 21-9-1903, p. 1262, n° 82, 25-11-1903, pp. 2.301-2.302. La interpelación, en DSC, n° 98, 15-12-1903, pp. 2.999-3.006 y n° 99, 16-12-1903, pp. 3.056-3.067.

6. DSC, n° 99, 16-12-1903, p. 3.061.



impuestos de los melillenses para atender sus demandas civiles en vez de primar únicamente al estamento militar y a sus infraestructuras. Linares debió verse sorprendido por el tono de Villanueva y hasta por la propia temática de la misma interpelación. En su turno, afirmó sustancialmente que la población melillense, excepto la militar, no merecía la consideración de España por tratarse de contrabandistas, moros, hebreos y hasta presidiarios<sup>7</sup>.

Sin duda alguna, este no fue el mejor inicio para Miguel Villanueva en la defensa de los intereses de España en el norte de África. Aparte de no haber conseguido su objetivo, Linares le recriminó no conocer de primera mano el tema del que estaba hablando, por lo que, indirectamente, le estaba diciendo que su opinión carecía de valor y legitimidad. Así, desde 1904, para solucionar ese vacío, el político viajaría recurrentemente a las posesiones españolas en África (Ceuta, Melilla, Chafarinas) y al Oranesado, que contaba con un núcleo muy importante de emigrantes españoles.

Sin más tardanza, en enero de ese mismo año 1904, Villanueva realizó dos viajes a Melilla, pero esta vez tuvieron un carácter profesional. En el primero, siguiendo a la prensa de la época, estuvo tres días escasos y fue acompañado por sus colegas Juan Villanova de la Cuadra y el marqués de Villasegura. Este desplazamiento marcaría un antes y un después en la vida política del político madrileño, ya que, por medio de banquetes, *lunchs* y otros actos sociales, entró en contacto con personajes importantes de la sociedad melillense, como el médico y presidente de la Asociación Mercantil Pablo Vallescá, el abogado republicano y futuro secretario del municipio y presidente de la Junta del puerto Manuel Ferrer, el ingeniero Manuel Becerra o el militar y periodista Cándido Lobera. Con todos ellos mantendría una estrecha relación de amistad política e incluso personal (Ferrer y Vallescá hospedarían al político durante sus viajes) y serían claves para entender sus posteriores actuaciones en territorio norteafricano en tiempos de Maura y con el conde de Romanones<sup>8</sup>.

Durante el citado trayecto, Villanueva visitó las Chafarinas, el cuartel general de Melilla, el edificio de la Compañía de Electricidad Industria Africana y el casino *La Unión*, donde fue presentado por Ferrer<sup>9</sup>. Quizá uno de los actos políticos más notables fue su discurso en la Asociación Mercantil, en el que, aparte de las características loas a la población melillense y a sus instituciones, trajo a colación la construcción del puerto, una infraestructura vital para Melilla y el comercio español que, a pesar de todo, los sucesivos gobiernos no habían iniciado. En palabras de Villanueva, “el puerto de Melilla no es una de tantas obras hidráulicas, es una obra nacional, y si España juega algún papel en las cuestiones africanas, por Melilla ha de comenzar su obra de influencia y civilización”<sup>10</sup>.

La cuestión del puerto es sugestiva, pues encierra el inicio del rastro de los negocios que Villanueva tendría en el norte de África, en connivencia con el grupo

7. DSC, nº 98, 15-12-1903, pp. 3.002-3.003.

8. El viaje de enero de 1904 y los banquetes con que le obsequiaron Ferrer y Vallescá, descritos en *El Telegrama del Rif*, 12 y 13-1-1904, pp. 1-2. La futura relación epistolar con Ferrer se encuentra parcialmente en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, Archivo Romanones (en adelante AR), donde se conserva correspondencia enviada por aquel informando a Villanueva sobre asuntos personales y la tensa situación de Marruecos en verano de 1913, justo antes de la revuelta del Raisuni; ver, por ejemplo, AR, leg. 6 (2), núm. 8 (28).

9. “El viaje de los señores Villanueva y Villanova”, *El Telegrama del Rif*, 12-1-1904, pp. 1-2.

10. “El viaje de los señores Villanueva y Villanova”, *El Telegrama del Rif*, 13-1-1904, p. 1.

Comillas y la Compañía Española de Minas del Rif. Aunque no es el objetivo de este artículo ni mucho menos, debemos, al menos, hacer una breve referencia al respecto. Como es conocido, el proyecto de construcción del puerto de Melilla fue ganado en subasta pública en 1907 por la Compañía Trasatlántica de Claudio López Bru, II marqués de Comillas, la cual además se encargaba de fletar barcos a la Península y de otros servicios imprescindibles, como el de correos y telegramas<sup>11</sup>. Aunque en 1910 la propia Trasatlántica rescindió el contrato, merced a la lentitud con la que avanzaban las obras y los peligros que amenazaban a la infraestructura (vista la guerra de 1909), lo cierto es que la compañía se benefició de los pagos, concesiones públicas y de multitud de rebajas fiscales<sup>12</sup>. La relación entre Villanueva y el grupo Comillas venía de antiguo: en su época de diputado cubano (1881-1898) había sido uno de los abogados de Antonio López y López, I marqués de Comillas y fundador de la Trasatlántica.<sup>13</sup>

Además de este nexo, que es ya de por sí curioso, según información diplomática del cónsul francés en Málaga recibida por el ministro de Asuntos Exteriores en 1907, Villanueva estaba personalmente implicado en las obras del puerto y en el negocio de los ferrocarriles, si bien su participación seguramente venía ya de años atrás. Escribía el cónsul al ministro Pichon:

*Il y a aussi Villanueva, député et homme d'affaires. Il est l'un des leaders du groupe qui veut nous expulser du Maroc oriental et même de la rive droite de la Muluya. C'est compréhensible car il a des intérêts personnels et des investissements dans des sociétés de Melilla, comme le port lui-même aux mains de son ami Comillas' Trasatlántica. Villanueva ne participe pas à la Compagnie du Rif, mais, par l'intermédiaire d'Álvaro Figueroa [conde de Romanones] il a investi une somme considérable dans le futur chemin de fer qui reliera les mines au port de Melilla. Environ 63.000 francs<sup>14</sup>.*

Igualmente, por medio de un testaferro, Claudio López, el conde de Güell, futuro III marqués de Comillas, controlaba aproximadamente el 11% de las acciones de



11. También tuvo un intento frustrado en 1904. Véase Eloy MARTÍN CORRALES, “Intereses catalanes en la expansión colonial española en el norte de África (1860-1912)”, en Alejandro Díez Torre (ed.) *Ciencia y memoria en África. Actas de las III Jornadas sobre “Expediciones científicas y africanismo español (1898-1998)”*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2002, p. 103, y Enrique FAES, *Claudio López Bru: marqués de Comillas*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 246-248.

12. Teresa SERRANO DARDER, “El puerto de Melilla desde los inicios del siglo XX: una aproximación histórica (1902-1930)”, en Antonio BRAVO y Juan Antonio BELLVER (eds.), *El puerto de Melilla, una obra centenaria con un pasado milenario*, Melilla, Autoridad Portuaria de Melilla, 2009, p. 160. Véase también en el ARCHIVO HISTÓRICO DE LA FUNDACIÓN ANTONIO MAURA (en adelante AHFAM), Fondo Antonio Maura, leg. 484, núm. 7, el Proyecto de Bases para la colonización del Sahara Occidental. En él se dotaba a la compañía de explotaciones mineras, derecho de preferencia, derecho exclusivo para el establecimiento de un banco de emisión, o las preferencias para sus buques de los derechos de los navíos de guerra españoles. Además, la Trasatlántica había sido la responsable en la Guerra de África de 1859-1860 de fletar barcos que transportaron pertrechos, soldados, víveres, municiones y de un importante contrato con el Estado en 1886 (MARTÍN, “Intereses catalanes...”, pp. 97-99).

13. Vicente LASTRA y JADÓ, *Los representantes de las Antillas: siluetas integristas*, Madrid, Imp. de Juan Iniesta, 1888, p. 58.

14. CENTRE DES ARCHIVES DIPLOMATIQUES DE NANTES (en adelante CADN), *Postes diplomatiques et consulaires, Consulat de Málaga, Cabinet du ministre, dépêche au départ (401PO/B/65)*, carta de 2-4-1907.

Compañía Española de Minas del Rif, cuyo primer presidente fue precisamente Miguel Villanueva<sup>15</sup>.

Las concomitancias entre Villanueva y el grupo Comillas, que no son poco importantes, sino, al contrario, fundamentales, parecen probar la nula distinción entre intereses públicos y privados de la época. La burguesía empresarial y comercial catalana en general fue bastante activa en lo que se refiere a la defensa de sus intereses económicos en Marruecos durante ese periodo. De hecho, revistas tan potentes como *España en África* o *Mercurio: revista comercial-hispanoamericana* fueron controladas directamente varios años por el grupo Comillas. Eran el medio de expresión de los Órganos Hispano-Marroquíes, instituciones privadas creadas para divulgar el potencial económico de Marruecos. Miguel Villanueva sería presidente honorario del de Barcelona y en esas revistas publicaría varios artículos en 1905 y 1906 defendiendo sus líneas editoriales<sup>16</sup>.

Obviando estas conexiones, retornemos a 1904, al segundo viaje que emprendió Villanueva a Melilla, en abril de 1904. A pesar de asistir acompañando al rey Alfonso XIII, el viaje no tuvo la categoría del primero. Únicamente en el periódico *La Época* se mencionó específicamente a Villanueva<sup>17</sup>. Lo que sí realizó este fue cartearse con un antiguo correligionario en lo respectivo a Melilla, y no con cualquier político, sino con Antonio Maura, presidente del Consejo de ministros y enemigo acérrimo de Villanueva tras haberse desatado la polémica con las reformas en Cuba en la década de 1890. En agosto, el político madrileño escribía a su colega para recomendar, tras la muerte del comandante general de Melilla, a “un general de los que han expuesto opiniones conformes con la transformación que aquel régimen ha de experimentar para que no se malogren todas las esperanzas concebidas”. Se refería a su amigo el general Marina, quien podía salvaguardar mejor los intereses de España allí. Si para la construcción del puerto, “que es hoy lo más esencial”, entorpecían unos huertos o la Junta de Arbitrios, que seguía construyendo casas para la oficialidad, Villanueva no dudaba en arremeter contra ellos y pasar por encima de toda legalidad. Todo fuera para que “España salga del deplorable camino que lleva. Francia avanza diariamente, mientras que nosotros casi retrocedemos”, se lamentaba Villanueva. Logró llamar la atención de Maura, quien

138

---

15. Villanueva era también persona de confianza del conde de Romanones, amigo y correligionario en el Partido Liberal. El conde de Güell era sobrino de López Bru. Para las Minas del Rif, véase los clásicos Ginés SANMARTÍN SOLANO, “La Compañía Española de Minas del Rif .1907-1984”, *Aldaba*, 5, pp. 55-74; Pablo DÍAZ MORLÁN, *Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 205, y Emilio LÓPEZ-JIMENO, “La formación de la Compañía Española de Minas del Rif. Abril 1907-junio 1908”, en Luis MANSILLA y Josep Maria MATA (eds.), *El patrimonio geológico y minero. Identidad y motor de desarrollo*, Madrid, Instituto Geológico y Minero de España, 2019, pp. 279-294.

16. Para la conexión catalana, véase MARTÍN, “Intereses catalanes...”, pp. 99-102, o los clásicos Bernabé LÓPEZ, “España en África: génesis y significación de la decana de la prensa africanista del siglo XX”, *Almenara*, 4, 1973, pp. 33-55, Martín RODRIGO ALHARILLA., “Empresa, política y sociedad en la restauración: el Grupo Comillas (1876-1914)”, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2000, y FAES, *Claudio López*, pp. 212-213.

17. “El viaje del rey. En Melilla”, *La Época*, 25-4-1904, p. 2.

dirigió carta al ministro de Obras Públicas, Manuel Allendesalazar, exigiendo saber el estado de cosas en Melilla<sup>18</sup>.

Con el nuevo año, el trabajo de campo efectuado y la experiencia adquirida, Miguel Villanueva ciertamente estaba dando pasos en la buena dirección para cumplir su objetivo de ministrable. Teniendo en cuenta que el Partido Liberal en esa etapa se encontraba en la oposición, él podía disponer del tiempo necesario para estudiar con fruición la dificultad, la variedad y el alcance de los problemas que se planteaban en el norte de África y que implicaban a potencias de primer orden. Francia e Inglaterra eran las principales, y en una menor escala, Alemania. De hecho, en el plano europeo se estaba acudiendo a una cascada de pactos entre países con el objetivo de ratificar alianzas ante un futurible y más que esperable conflicto armado. La *Entente Cordiale* anglo-francesa fue firmada el 8 de abril de 1904, y en su artículo 8, en referencia a Marruecos, se reconocieron los derechos de España en la costa mediterránea africana derivados de su “posición geográfica”:

*The two Governments, inspired by their feeling of sincere friendship for Spain, take into special consideration the interests which that country derives from her geographical position and from her territorial possessions on the Moorish coast of the Mediterranean. In regard to these interests the French Government will come to an understanding with the Spanish Government. The agreement which may be come to on the subject between France and Spain shall be communicated to His Britannic Majesty's Government*<sup>19</sup>.

España también debía negociar con Francia aspectos concretos sobre el territorio norteafricano. Villanueva volvió a referir al presidente del Consejo de ministros, Antonio Maura, sus impresiones sobre el tema. En una carta dirigida al político balear el 16 de mayo de 1904, justo después de volver de su segundo viaje a Melilla, adjuntó una breve nota y en ella se centró con especial ahínco en reclamar a Francia la defensa de los españoles residentes en Argelia, concretamente el cuidado en la defensa por pobre, la no necesidad de portar pasaportes o dinero y el derecho a crear escuelas españolas en todo el norte de África<sup>20</sup>. Las recomendaciones no fueron siquiera planteadas y el resultado de las negociaciones fue la declaración del 6 de octubre de 1904, en la que Francia ya no reconocía los derechos de la “posición geográfica de España”, sino “los derechos y la garantía de los intereses que resultan para Francia de sus posesiones de Argelia y para España de sus posesiones de la costa de Marruecos”<sup>21</sup>, obviando a toda la población española residente en el Oranesado, propiedad de Francia, y delimitando mucho más el área de influencia española en el territorio norteafricano.

18. AHFAM, Fondo Antonio Maura, leg. 111, núm. 19, carta de 10-8-1904. Encima del texto mecanografiado de Villanueva, Maura escribe a mano: “sacar copias de esta carta, una entera para meterla en la mía para Guerra y otra de lo relativo al puerto para enviarla al ministro de Obras Públicas llamando su atención”.

19. *The Franco-British Declaration*, 1904, extraída de <https://www.dipublico.org/111232/la-declaracion-franco-britanica-del-8-de-abril-de-1904-origen-de-la-llamada-entente-cordial-the-franco-british-declaration-1904/> (consulta: 27-9-2023).

20. La carta dirigida a Maura y la nota adjunta se encuentran en AHFAM, Fondo Antonio Maura, leg. 451, núm. 2.

21. Convenio hispanofrancés firmado en París el 3-20-1904. Extraído de <https://www.dipublico.org/108578/convenio-hispano-frances-firmado-en-paris-el-3-de-octubre-de-1904/> (consulta 9-4-2024).



De hecho, Argelia era, junto a Marruecos, el *quid* en la cuestión africana para España. Junto a la nota enviada a Maura, Villanueva, una vez más, elevó el asunto a las Cortes e inició una interpelación dirigida al ministro de Estado, Faustino Rodríguez Sampedro, para asegurarse de que se iniciara una investigación acerca del mal comportamiento con el que la administración colonial francesa correspondía a los emigrantes españoles en Argelia. Volvió a incidir en las negociaciones vigentes con Francia, en la prohibición de establecer escuelas en Orán y Argel y en la suspensión de cánones que demandaban los emigrantes propietarios en las plazas del norte de África<sup>22</sup>. En el expediente que se conserva en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, el político describe la prohibición de crear instituciones de beneficencia españolas, la casi imposible elusión del servicio militar a favor de Francia en suelo argelino, las presiones para adquirir la nacionalidad francesa de los emigrantes o los múltiples accidentes laborales que sufrían sus compatriotas en Orán<sup>23</sup>. En honor a la verdad, en su interpelación y en el expediente, Villanueva llamaba la atención al Gobierno español sobre el Convenio de 1862 firmado con Francia y recurrentemente incumplido por esta. Abogaba por la sustitución por otro tratado en consonancia a los nuevos tiempos, y lo más importante de todo: un acuerdo que descansase sobre la base del principio de igualdad entre ambas partes, cuyo resultado fuese asegurar a los ciudadanos españoles una protección eficaz.

Realmente, las interpelaciones de Villanueva de 1903 y 1904 constituyen una anomalía en la historia parlamentaria de la época, puesto que la política exterior estuvo prácticamente ausente de las deliberaciones del Congreso entre 1902 y 1907<sup>24</sup>. La timidez con que se plantearon las cuestiones de Marruecos y el norte de África, las de mayor presencia internacional, nos ilustra bien en este sentido. Es cierto que actitudes como las de Villanueva, pasado el tiempo, hicieron que el ambiente cambiara en el Congreso y que muchos diputados se mostraran contrarios al secreto diplomático<sup>25</sup>. Curiosamente, y con Marruecos como principal asunto de política internacional en España y la Conferencia de Algeciras próxima en el horizonte, Miguel Villanueva no elegiría el escaño para verter sus opiniones, sino la prensa, como veremos.

140

### El discurso político

Hemos anticipado que 1905 fue el año en el que Villanueva fue nombrado ministro de Marina. Guillermo Rittwagen se expresaba así sobre su viejo amigo:

Y justo es reconocer que Villanueva ha conseguido crearse una reputación sólida y bien ganada en los asuntos marroquíes a fuerza de tanta ida y venida de Madrid a Melilla. Poco después de un viaje que hizo a Argelia en enero de 1905, y al que le acompañé,

22. DSC, n° 189, 6-7-1904, pp. 5.641-5.642.

23. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (en adelante AMAE), leg. 2.312, expediente Miguel Villanueva, 1904.

24. Zorann Petrovici, “Mundo nuevo ¿diplomacia nueva?: la influencia de la Gran Guerra en las prácticas diplomáticas del reinado de Alfonso XIII. Un estudio comparado con la diplomacia francesa”, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2019, pp. 172 y 174.

25. En una pregunta que lanzó Villanueva al Gobierno en octubre de 1904 sobre el papel que le quedaba a España en Marruecos, el ministro de Gobernación, a la sazón José Sánchez Guerra, se escudó de nuevo en “toda clase de deberes de discreción y prudencia” para evitar así hacer referencia alguna al proyecto de acuerdo franco-español de 1902, secreto todavía, y que era mucho más beneficioso para España, a pesar de no ser ratificado en Madrid, que el firmado ese mismo mes (DSC, n° 6, 8-10-1904, pp. 111-112).

debiéndole inolvidables deferencias, subió Montero Ríos al poder, consiguiendo al fin una cartera, la de Marina<sup>26</sup>.

Esa vez, el primer viaje de Villanueva en 1905 no iba a ser a Ceuta o a Melilla, sino, como asevera Rittwagen, al Oranesado, la zona en la que el político había denunciado las irresponsabilidades de los funcionarios franceses. Afortunadamente, para 1905 la diplomacia española, concretamente Fernando León y Castillo, amigo de Villanueva y responsable de pergeñar el infructuoso tratado franco-español de 1902 (que tanto hubiera beneficiado a los intereses españoles), había solucionado la situación informando al Quai d'Orsay de las protestas. Según nos cuenta *El Telegrama del Rif*, Villanueva acudió allí, acompañado de Guillermo Rittwagen y Pablo Díez de Ulzurum a un banquete en el Hotel Continental. Allí habló en francés y posteriormente en castellano y se avino con el prefecto de la zona; también cambió impresiones con los miembros más distinguidos de la Cámara de Comercio. De ahí pasó una vez más a Melilla, donde se le sumaron sus amigos Manuel Ferrer y Pablo Vallescá en un banquete que este último ofreció en su casa al futuro ministro de Marina<sup>27</sup>.

La situación para España tras la declaración del 6 de octubre de 1904 era compleja, pues su posición en el norte de África volvía a no estar sustentada en las mismas condiciones que las de Francia. En efecto, la decisión de no ratificar el acuerdo franco-español de 1902 por miedo a las represalias inglesas, la firma del tratado franco-inglés de 1904 y la subsiguiente adhesión de España a la declaración del 6 de octubre fueron objeto de muy distintas valoraciones por la clase política del momento. Además, la entrada en escena de Alemania, que quería evitar un *desenlace francés* en el asunto con la visita del káiser Guillermo II a Tánger, desencadenó la Primera Crisis Marroquí, después solucionada con la Conferencia de Algeciras, que contendría temporalmente la escalada de tensiones<sup>28</sup>. En caso contrario, Francia y Gran Bretaña seguramente hubieran podido formar un Protectorado conjunto en Marruecos y la Primera Guerra Mundial podría haberse adelantado una década<sup>29</sup>.

En esos momentos, Villanueva evidenció el papel poco airoso que había representado España en esa pléyade de tratados, incluido el Convenio de 1862. Por sus escritos, es lógico pensar que todavía vislumbraba la posibilidad de incorporar el Oranesado al área de influencia española en el norte de África, lo cual se evaporó tras la Conferencia de Algeciras. En verdad, todos los incidentes producidos en la zona en 1904 se debieron, en gran medida, a que la administración francesa veía en esa contingencia una amenaza muy real si incluimos en la ecuación el peso demográfico de los colonos españoles en la colonia<sup>30</sup>. Para Villanueva, era un hecho que la torpe labor diplomática de España había reducido sustancialmente su potencial área de influencia en Marruecos y la había situado al margen de los intereses de las dos grandes potencias.

26. RITTWAGEN, *De filología*, p. 6.

27. *El Telegrama del Rif*, 20-1-1905, pp. 1-2.

28. IGLESIAS, *Marruecos*, pp. 194-195. Villanueva, políticamente correcto, pues ya era ministro de Marina, valoró políticamente la situación y la trascendencia del encuentro en prensa antes de que acaeciera. De todos modos, no es un documento que aporte mucha información (véase “Una interviú. Habla Villanueva”, *La Correspondencia de España*, 6-9-1905, p. 1).

29. David STEVENSON, “Military and Diplomacy in Europe before 1914”, *International Security*, 22-1 (1997), p. 160, <https://doi.org/10.1162/isec.22.1.125>.

30. Juan Bautista VILAR, “Incidencia de la presencia española en Argelia sobre las relaciones hispano-francesas y sobre la cuestión marroquí (1902-1912)”, *AWRAQ*, 23 (2006), pp. 97-98.



Las tesis e ideas de Miguel Villanueva a este respecto pueden valorarse en varios trabajos suyos publicados en 1905, todos ellos escritos antes de ser nombrado ministro el 23 de junio.

El primero es un artículo titulado “Los intereses de España en el Norte de África”, aparecido en la revista *España en África* y reproducido también en el número 42 de la catalana *Mercurio: revista comercial iberoamericana*<sup>31</sup>. El texto constituye un exponente claro del cambio operado en la visión del problema de Marruecos tras el Desastre del 98, cuando el foco de la política exterior española empezó a posarse sobre el Majzén. Villanueva aboga en sus líneas por la denominada *penetración pacífica* como medio de colonizar el territorio norteafricano. Esta, un *leitmotiv* para un sector de los africanistas del siglo XX, florecía como una fórmula neocolonial propugnada por las burguesías industriales interesadas en la expansión comercial, pero entraba en contradicción con la visión de otros grupos africanistas decididamente belicistas, que presionaban con la necesidad de la intervención militar directa<sup>32</sup>.

Desde una óptica que cabría situar en la línea ideológica del regeneracionismo, Miguel Villanueva consideraba la importancia patrimonial del norte de África y su importancia geoestratégica. Habló nueva y reiteradamente de los abusos de la administración francesa sobre los españoles residentes en Argelia y, lógicamente, se centró en las causas que fomentaban esa emigración española: las crisis agrícolas y las hambrunas recurrentes que se experimentaban en el Levante y Andalucía. De ese modo, poseer territorios propios en el norte de África, el Oranesado y parte de Marruecos, permitiría aliviar la tensión demográfica de esas regiones de España. Observamos aquí expuesta otra de las justificaciones clásicas de la doctrina colonialista.

142

Paralelamente, aparece un Villanueva muy pesimista al definir, no ya a los gobiernos, sino a España misma como una “nación dominada por la pasividad, la imprevisión y la incoherencia”, en un tono claramente pesante, y clama contra los partidarios del abandonismo en África. Según su criterio, “no se puede, en fin, sin grave peligro nacional, supeditar a la pasiva e imprevisora vida del interior, la activa iniciativa y los anhelos de expansión y de progreso que germinan de continuo en las costas”. Para el político los territorios africanos eran

nuestra propia existencia y no se trata de ir, porque ya estamos, sino de lograr que no se nos eche, cerrándonos uno de los pocos caminos que nos quedan para mantener viva y en acción la personalidad de España en la Historia [...] contra los intereses españoles en Marruecos no prevalecerá nadie<sup>33</sup>.

Para justificar la “penetración pacífica” en el norte de África, Villanueva no trataba de ampararse en los consabidos derechos históricos que España tenía desde del testamento de Isabel I o los demostrados a través de los siglos, sino que su motivación descansaba en principios más primarios: dominar o ser dominado. Aparecía, pues, una

---

31. En nuestro estudio, usamos la referencia de *España en África*. Véase Miguel VILLANUEVA y GÓMEZ, “Los intereses de España en el Norte de África”, *España en África*, 2 (1905), pp. 10-13. Ya hemos señalado la relación entre el capital catalán, el grupo Comillas y sus medios, los intereses comerciales en Marruecos y Miguel Villanueva.

32. En tiempos de Alfau como alto comisario del futuro Protectorado, la *penetración pacífica* consistía básicamente en los sobornos que recibían los jefes de las cabilas marroquíes para tolerar el avance español, pero es cierto que encaja con toda una filosofía europea de la época (LÓPEZ, “España en África...”, p. 40).

33. Esta y las citas anteriores en VILLANUEVA, “Los intereses de España en...”, pp. 10-12.

visión clásica para la doctrina imperialista que trascendía la de los *meros* intereses económicos y comerciales y se centraba en los ideológicos y políticos. En ella se aludía directamente al deber civilizador que tenían las potencias para con otros territorios e incluso al miedo en caso de no atreverse a lanzarse a la conquista, pues en caso contrario, estas podían ser sometidas. Escribía Villanueva al respecto: “la síntesis de estas reflexiones es muy sencilla: o dominar hoy por la superioridad de la civilización al pueblo que ocupe al otro lado del Estrecho o ser dominados nosotros por aquel”<sup>34</sup>. No dejaba lugar a dudas.

¿Hasta qué punto ese pasaje era una llamada para agilizar la *penetración pacífica* en Marruecos y servir a los intereses económicos oligárquicos o daba a entender lo que Villanueva parece ser que pensaba realmente, esto es, la colonización como fachada de orgullo nacional patriótico; también como reconstituyente de la identidad nacional perdida tras el Desastre del 98 y tan frágil entonces tras el nacimiento de los sentimientos nacionalistas periféricos?

Los argumentos de Villanueva con respecto a la motivación de la colonización del norte de África se encuentran bien acreditados y muestran hasta qué punto su pensamiento africanista tenía tintes conservadores. Como señala Iglesias, en la prensa, así como en ensayos y crónicas de la época, apreciamos una desaparición completa en el discurso patriótico de los referentes tradicionales de legitimación, como Isabel I o el Cardenal Cisneros<sup>35</sup>. Es más, en el texto de Villanueva es él mismo quien renuncia a admitirlos en favor de otros más básicos, como la necesidad transversal de expandir la civilización. En efecto, la idea de la defensa de los derechos históricos había perdido impulso desde la Conferencia de Berlín. Sin embargo, aunque los argumentos imperialistas o de la guerra de religión fueron excepcionales y muy poco usados en torno al problema de Marruecos, podemos comprobar que Villanueva no renuncia a ellos, al aparecer nítidamente en el artículo en varias ocasiones. Estos últimos análisis, los de enfocar la colonización como una guerra de religión, habían experimentado un claro retroceso, debido a que se desistía de evangelizar a los marroquíes por el esfuerzo inútil y anacrónico que se hacía<sup>36</sup>. Aun así, el autor muestra a las claras su reflexión: enfoca la cuestión en un maniqueo *o nosotros o ellos* con la *legítima influencia* que España tenía en esas tierras, y no defiende la retórica religiosa (Villanueva era un ferviente anticlerical del Partido Liberal, al igual que Canalejas o Romanones), pero sí una evangelización velada y ambigua cuando habla de la necesidad de construir escuelas que podían estar o no en manos de los franciscanos<sup>37</sup>. En el futuro se desdiría de esta opinión.

Quizás hubo dos asuntos, finales, pero no menos sugestivos, en el escrito que nos dicen también mucho del pensamiento africanista de Villanueva. El primero es vertebrador y común a todos sus textos y notas de la época, no solo a este. Hablamos de sus bravas críticas a los gobiernos españoles, bien de signo liberal, bien de signo

---

34. VILLANUEVA, “Los intereses de España en...”, p. 10

35. IGLESIAS, *Marruecos*, p. 218.

36. *Ibidem*, pp. 218-219.

37. El anticlericalismo del Partido Liberal en el primer tercio del siglo XX no tuvo nada que ver con manifestaciones de odio o en contra del catolicismo, sino con defender que la Iglesia no disfrutara de una posición privilegiada en la *res publica*. De hecho, el propio Villanueva o Romanones eran devotos católicos practicantes.



conservador, a los que tachaba de seguir “una política exterior que hoy no existe”<sup>38</sup>. Igualmente, incide en sus incoherencias y denuncia su actitud al aceptar sin reparos la declaración del 6 de octubre de 1904 en detrimento de la Entente Cordiale y del proyecto de acuerdo franco-español de 1902. El segundo, sin duda cardinal, es el pasaje en el que cita la visita del káiser a Tánger –que se tratará a continuación– haciendo ver aún más lo desastroso de la actuación gubernamental española, al ser Alemania la nación que, desde el punto de vista de Villanueva, “proclame y defienda nuestro derecho por interés del suyo”<sup>39</sup>.

Otro destacado texto del mismo año fue el artículo dedicado por Villanueva a la visita del káiser Guillermo II a Tánger. Fue publicado en el *Heraldo de Madrid* el 31 de marzo<sup>40</sup>. Se trató de un evento novedoso e inesperado, cuya consecuencia inmediata, a fin de cuentas, fue la defensa que Alemania hizo de los derechos e intereses españoles en todo el norte de África. Sin embargo, no nos engañemos: la principal causa de intervención del emperador germano no era ayudar a España, y eso lo sabía bien Villanueva, sino la de mostrar su descontento e incluso interferir en las relaciones anglo-francesas con comentarios hacia el sultán, azuzándole para lograr la independencia efectiva<sup>41</sup>.

En el artículo se aprecia nítidamente la germanofilia naciente del autor, la cual le acompañaría durante toda su carrera. Es un escrito clave para entender la conducta de Villanueva, pues aquí empieza a centrarse más en los intereses en Marruecos que en los de Argelia. Por supuesto, influyeron la proximidad de la Conferencia de Algeciras, su pragmatismo y su interés en defender intereses en el territorio en el que sí era seguro que España iba a participar. En efecto, en años anteriores había sido frecuente ver volcada su opinión sobre los intereses en Argelia, no así en Marruecos. Al mismo tiempo, da visibilidad a la postura lógica de Alemania, que no iba a contentarse con ser mera espectadora en el conflicto. Villanueva incluso medita las posibles cesiones que se le podrían hacer a Alemania, básicamente territorios en el Adriático, el mar Negro, Mediterráneo o norte de África. Esta última opción sería rechazada por el propio Imperio alemán un mes más tarde, pero sin duda quiso participar –y participó– del reparto que estaba por hacerse. Justificaba así el político madrileño la intervención alemana y la visita de Guillermo II:

Porque no cabe en lo humano pretender que el pueblo que rivaliza con el comercio británico, que extiende por el mundo sus grandes intereses morales y económicos, que crea grandes colonias en África, Asia y Oceanía y que tendrá en breve poderosísima armada, siga en forzosa reclusión en los mares Báltico y del Norte, viendo por otras naciones cerrados los largos caminos que debe recorrer sin garantía ni defensa de ninguna clase, para acercarse a lo suyo<sup>42</sup>.

En su segunda parte, critica nuevamente la displicencia y apatía de los gobiernos españoles, que permitieron transitar de “los intereses de España derivados de su posición geográfica” a los derechos e intereses que resultan “de sus posesiones en la costa de Marruecos”. Da la sensación de un avergonzamiento incipiente, que raya en la

---

38. VILLANUEVA, “Los intereses de España en...”, p. 10

39. *Ibidem*, p. 11.

40. “España en el norte de África. El káiser en Tánger”, *Heraldo de Madrid*, 31-3-1905, p. 1.

41. Vicente MORALES LEZCANO, *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, UNED, 1986, p. 51.

42. “España en el norte de África. El káiser en Tánger”, *Heraldo de Madrid*, 31-3-1905, p. 1.

fobia contra sus colegas políticos, y advierte de que la situación, en caso de no tener a Inglaterra o Alemania como potencias amigas de España, podría haber sido nefasta.

El último trabajo relevante del político madrileño en 1905 trató más a fondo la cuestión de Argelia y Marruecos, pero sobre todo la primera. Esta vez sería un acto público. En una conferencia pronunciada el 17 de mayo en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, introdujo su visión de la Historia, claramente determinada por el progreso lineal ortodoxo de la época (influido sociológicamente por las tesis del darwinismo social de Herbert Spencer) e insistió en los atropellos inferidos a algunos emigrantes españoles en Argelia, aportando nuevos datos y considerando que el asunto había merecido la intervención de la Liga de Derechos del Hombre francesa<sup>43</sup>. Villanueva, que como hemos dicho aspiraba a que Francia reconociera el Oranesado oficialmente como español, hizo ver públicamente en su conferencia por primera vez la correlación entre el nerviosismo de los franceses con los departamentos fronterizos en Marruecos y el inminente establecimiento de España en el área marroquí colindante, y más al haberse filtrado noticias referentes a negociaciones franco-españolas para establecer un futuro protectorado conjunto en el que España iba a tener una influencia considerable<sup>44</sup>.

También son objeto de cita, una vez más, tanto el viaje del káiser a Tánger como el del Alfonso XIII a París, en medio de la escalada de tensiones que produjo la Primera Crisis Marroquí. En esto, Villanueva se situó contra una posible guerra entre potencias que implicara a España y en la conferencia disuadió públicamente al rey de efectuar el viaje, incluso citando unos versos del romancero del Cid. Aquí coincide con la mayoría de los liberales y sus órganos de expresión, pese a sus alusiones imperialistas de otros trabajos. Decía Villanueva:

Nuevo sois, el Rey Alfonso,  
nuevo rey sois en la tierra,  
antes que a guerras vayades  
sosegad las vuestras tierras.  
Muchos males han venido  
de los reyes que se ausentan,  
que apenas han calentado  
la corona en la cabeza...<sup>45</sup>

El 23 de junio, Miguel Villanueva sería nombrado ministro de Marina en un gabinete presidido por Eugenio Montero Ríos. Con todo, su recorrido fue corto, pues dimitiría el día de su cumpleaños, 31 de octubre, por desavenencias con el monarca y por su exclusión en las condecoraciones que Loubet, primer ministro francés, entregó en su visita a España<sup>46</sup>.

Según testimonio de su amigo Rittwagen, Villanueva había experimentado una transformación, a su juicio inevitable, cuando el político obtuvo de nuevo el poder sin

---

43. Miguel VILLANUEVA y GÓMEZ, “Intereses de España en Marruecos y en el Norte de África”, en VVAA, *Colección de Conferencias del curso 1904-1905 pronunciadas en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación*, Madrid, RAJYL, 1905, pp. 313-356.

44. *Ibidem*, p. 334.

45. VILLANUEVA, “Intereses de España...”, p. 350.

46. Parece que Villanueva negó al rey la clave telegráfica del departamento y cortó la comunicación directa con los jefes y oficiales a la que estaba acostumbrado. Tras la visita de Loubet, dejó el cargo. El incidente aparece citado en Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1977, p. 72.



ayuda de Sagasta, su viejo mentor. Tras una visita que le hizo en el verano de 1905 para pedirle un favor personal, quedó sorprendido al ver la mudanza en su personalidad. En las “Digresiones preliminares” de su *De filología hispano-arábiga*, Rittwagen fue duro con él al comprobar que, una vez alcanzado el Ministerio descuidó lo que hasta entonces había sido su asunto prioritario. Escribía Rittwagen:

Y Villanueva, que es ante todo un hombre afable y llano, como lo son todos los hombres que valen de veras, me recibió deseguida [*sic*]. Nos abrazamos cordialmente, pero pude notar desde luego que no era el mismo que había conocido antes. No es que fuese totalmente otro. Pero el vértigo de la altura es inevitable y Villanueva, recién nombrado ministro de Marina, después de algunos años de ostracismo en las tristes soledades de la oposición, y, sobre todo, ministro sin ayuda de Sagasta, que representaba el quedar de ministrable en el Partido Liberal para el porvenir, no podía disimular la satisfacción tan íntima de que se hallaba embargado. Comprendo que son satisfacciones tan hondas que hacen tambalear la seriedad del cerebro más sólido y ecuánime<sup>47</sup>.

Y seguía:

Villanueva, que tanto habla de nuestros prestigios en Marruecos es el primero en no sostenerlos. Una vez conseguida la ministrablería que le valieron sus campañas africanistas se durmió sobre sus discursos, no volviendo a fulminar más sus anatemas iracundos contra el estado de cosas de Melilla. Alguna que otra vez hablaba en el Congreso para no perder el cartel de africanista que había adquirido, pero sin especializar, limitándose a examinar la cuestión de Marruecos, bajo sus aspectos de momento e insistiendo con mayor energía en la defensa de nuestros compatriotas de Argelia, dejándose llevar de sus sentimientos francóforos [...]. Cuando Villanueva está en la oposición no perdona ocasión de fulminar anatemas contra los gobiernos conservadores, pero cuando es poder está a la misma altura que ellos, haciéndolo tan mal como cualquier Lacierva<sup>48</sup>.

146

### **Del Ministerio de Marina al *Gobierno largo* de Maura**

Tras su dimisión en octubre de 1905 Miguel Villanueva abandonó definitivamente el gabinete de Eugenio Montero Ríos y su fidelidad al líder del partido democrático. Poco a poco iría orientándose hacia la facción de Moret, aunque con él tampoco lograría encontrar un acomodo ministerial. En enero y mayo de 1906, efectuó dos viajes a Melilla con el fin de cerciorarse del estado de cosas en el puerto<sup>49</sup>. El de enero, tras la clausura de las Cortes, sirvió como pretexto para reunirse varias veces con sus amigos Pablo Vallescá, presidente de la Asociación Mercantil y de la Cámara de Comercio de Melilla, y el general Marina, ya gobernador militar de Melilla.

En el de mayo, Villanueva comprobó con sus propios ojos el avance de las obras, además de coincidir con otros viejos amigos, como el ingeniero Manuel Becerra, presidente de la Junta de Obras del Puerto y futuro ministro de Instrucción Pública durante la Segunda República, o el general Chacel. El 15 de mayo, en el banquete con el que fue agasajado en el Teatro Alcántara, llamó a la unión del estamento militar y el civil, rayando en la exaltación del primero con sus loas a Marina, además de referirse al

---

47. RITTWAGEN, *De filología*, p. 12.

48. *Ibidem*, pp. 13, 24.

49. “Villanueva en Melilla”, *El Telegrama del Rif*, 4-1-1906, p. 1; “Villanueva en Melilla”, *El Telegrama del Rif*, 13 y 15-5-1906, pp. 1-2.

Rey y al relativo éxito alcanzado en la Conferencia de Algeciras, sobre el que volveremos más abajo.

Es cuanto menos curioso que Villanueva, uno de los primeros personajes del siglo XX cuyas preocupaciones respecto de los problemas de Marruecos le llevaron a criticar el régimen militar de Melilla, la Junta de Arbitrios y el peso excesivo que la administración daba a la oficialidad en detrimento de los civiles, apenas tres años después tuviera una concepción tan distinta. ¿Dónde quedó aquella comisión de civiles que le presentó su correligionario Juan Villanova? La respuesta, como es habitual en estos casos, tiene que ver con los intereses privados. Recordemos la implicación personal de Villanueva en el puerto de Melilla. Al general Marina le ligarían los negocios mineros de Bu Ifrur y de la Compañía Española de Minas del Rif<sup>50</sup>. El acercamiento de Villanueva al ejército era instrumental. Pensemos que lo que mejor podía salvaguardar sus intereses en un contexto tan cambiante como el norteafricano era el uso de la fuerza contra las cabilas rifeñas enemigas practicado por los militares.

El nuevo año trajo también la clausura de la Conferencia de Algeciras y las obligaciones a las que España quedó sujeta en relación a otros países. El resultado de los acuerdos fue descompuesto por Villanueva en un artículo aparecido tanto en la revista *España en África* como en *Mercurio*, al igual que en 1905. Su título era “España en el Norte de África”<sup>51</sup>. En él, Villanueva viene a admitir que España se encontraba en una posición claramente desfavorable antes de la Conferencia y da a entender en varios pasajes que una mejor preparación y una estrategia más clara podrían haber ayudado a obtener mejores resultados. Además, y pese a remarcar las complicaciones que podrían haberse desatado sin la ayuda de Alemania y la redención de España, tras aceptar la declaración del 6 de octubre de 1904 muestra veladamente cómo el resultado de la reunión no fue del todo favorable para la nación. Efectivamente, España había sido relegada a una porción muy pequeña del sultanato por presiones de Delcassé, ministro de Exteriores francés, pendiente de mantener la influencia intacta en Argelia e incluso de aumentarla en el Mediterráneo. La “dignidad nacional” también había sufrido serios reveses a ojos de la alteridad, los marroquíes, los cuales, según el examen de Villanueva, empezaron a cambiar la percepción que tenían de los españoles. En lo tocante al comercio con Marruecos, una de las posibles razones de España para lanzarse a la aventura colonial, el autor es también pesimista y afirma que iba a ser imposible que se diera a gran escala por los aranceles vigentes, según su juicio en clara referencia a la incompetencia del Gobierno español. De hecho, para el desarrollo en Marruecos Villanueva es escéptico y no confía ni en la prensa ni en el Parlamento, a los que califica de ser las “dos más grandes imposturas nacionales”: una malgastando el tiempo y desconcertando el espíritu público, el otro por permanecer clausurado excesivamente.

La perspectiva descollante del artículo es, por encima de todo, la francofobia que se desprende en muchos de sus pasajes. En ellos, Miguel Villanueva no comprende la existencia de voces en España que defendieran el aumento de los derechos franceses en el norte de África, y más teniendo en cuenta el trato denigrante del país galo a los españoles del Oranesado. Para justificarse, saca a colación las intrigas diplomáticas

50. Según carta de 10 de enero de 1909 del embajador francés en Madrid al ministro Stephen Pichon, para que El Rogi autorizara la concesión de las minas, el general Marina realizó un pago de cerca de 500.000 pesetas. La procedencia de los fondos no es citada. CADN, *Postes diplomatiques et consulaires, Ambassade de Madrid, Cabinet du ministre, dépêche au départ* (396PO/B/153).

51. Para nuestro estudio usamos el de *España en África*. Véase Miguel VILLANUEVA y GÓMEZ, “España en el Norte de África”, *España en África*, 17 (1906), pp. 5-8.



francesas en la Primera Crisis Marroquí y la superioridad de los derechos históricos y naturales españoles, una justificación del todo infrecuente en la época para los políticos liberales y en él mismo si lo comparamos con el primer artículo de 1905. Escribía Villanueva:

¡Y la nación cuyos hijos son tratados de este modo inicuo, es la que admite el denigrante papel de ir a sostener los derechos preferentes de Francia! ¿Qué nombre merece esta conducta? ¡Desdichado el pueblo que la tolera en silencio y que, aun cuando inconscientemente la aplaude! Si no es hija de la ignorancia la política posible que hace esas y otras muchas enormidades, habrá que condenarla como una maldad [...] Empeñada Francia en extender la Argelia desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, con menosprecio de Italia y de España, cuyos derechos históricos y naturales son superiores, solo puede realizarlo, y hasta sostenerse y vivir de mala manera, mediante enredos diplomáticos en los cuales se envuelve a las dos naciones hermanas, cuyos esfuerzos, lo mismo que los propios, malgasta en la intriga y la discordia, que a todas las empequeñece y enerve, arrebatándolas el cetro de la civilización, que seguramente conquistarían otra vez en la Historia<sup>52</sup>.

Con la Conferencia de Algeciras, también se fijó paulatinamente el foco internacional en Marruecos, algo compartido por Villanueva, quien, como ya hemos anticipado, empezó a interesarse más por Marruecos que por Argelia. Prueba de ello será su libro *Marruecos: notas sobre lo que más urge hacer desde Ceuta a Chafarinas*<sup>53</sup>, en el que enumera y valora las obras necesarias que el Gobierno español debía acometer allí para no quedarse atrás con respecto a Francia. Se centra en multitud de asuntos concretos y pragmáticos: puertos, no solo el de Melilla, sino también el de Ceuta y Chafarinas; faros; presidios en Alhucemas y el Peñón, el fomento de la población; las características que debe tener el personal de la administración civil y militar; la acción directa del Gobierno (construcción de escuelas laicas, hospitales y mejorar las comunicaciones con Ceuta); la adquisición de terrenos en Tetuán; la agricultura; la seguridad; los recursos de la Junta de Arbitrios, y la necesaria difusión del árabe y español en un entorno plurilingüe. Es, probablemente, uno de sus trabajos más encomiables y completos, pues además de integrar empresas económicas a gran escala también destaca el papel de la educación y el progreso de la agricultura y la ganadería. El libro se publicó en 1906, pero es posible que a partir de bosquejos que Villanueva había tomado durante su época de ministro de Marina, o incluso anteriormente, en alguno de sus viajes a Melilla. Eso sí, como afirmaba su amigo Guillermo Rittwagen, la profundidad y la especialización de antaño se habían convertido en mero examen.

Finalmente, como colofón de este artículo debemos reseñar la participación del protagonista de estas líneas en el Segundo Congreso Africanista de 1908, celebrado en Zaragoza, bajo los auspicios de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes. Independientemente de toda la labor de propaganda avalada por su interés en la cuestión norteafricana, la participación de Villanueva en la primera sesión del congreso como presidente es muy valiosa<sup>54</sup>. No podemos obviar el marcado carácter económico del encuentro, merced a sus iniciadores, y en este sentido participa Villanueva en sus discursos.

---

52. VILLANUEVA, “España en el Norte de África...”, pp. 6-7

53. Miguel VILLANUEVA y GÓMEZ, *Marruecos: notas sobre lo que más urge hacer desde Ceuta a Chafarinas*, Melilla, Tipografía de “El Telegrama del Rif”, 1906.

54. *Memoria del Segundo Congreso Africanista celebrado en Zaragoza por iniciativa de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes*, Zaragoza, España en África, 1908.

El de clausura es el fundamental. En él recuerda los derechos adquiridos de España en Marruecos y el objetivo de la *penetración pacífica* desde un prisma en exceso ingenuo y calculado:

No pregonamos nosotros aquí, ni en ninguna parte, la conquista de Marruecos por medio de las armas, no: lo que pretendemos, lo que ansiamos vivamente, es llamar la atención de España para que no descuide lo suyo, lo que le pertenece, y que se lo arrebatarán otras naciones más despiertas y avisadas si ella no trata de defender a capa y espada sus legítimos derechos, ganados a fuerza de sacrificios y a costa de la sangre de sus hijos<sup>55</sup>.

No obstante, enseguida transita a argumentos de orden económico, concretamente a la canalización de corrientes migratorias españolas a destinos cercanos a la Península, asunto recurrente en anteriores aportaciones:

Es desconsolador ver cómo millares de españoles son exportados, sin consideración alguna, a los países más inhospitalarios y explotadores de América [...] cuando España podría encauzar la emigración hacia el Norte de África y Marruecos, donde todo está lleno de recuerdos españoles, de simpatía hacia España, lo mismo en el litoral mediterráneo que en el atlántico; donde todo español es bien recibido y puede encontrar amplia esfera de acción para el trabajo; donde, por penalidades que haya, jamás podrán compararse con las que sufren en otros países; con la circunstancia de que en Marruecos se hallarían en territorio que es de la patria, y, si no lo es, casi se le puede considerar como tal<sup>56</sup>.

Cerraba Villanueva con el ímpetu y la vehemencia que le caracterizaban arremetiendo contra Francia una vez más:

Razones poderosísimas obligan a España a realizar la obra que venimos propagando: la obra de la penetración pacífica, de la expansión comercial; pues, de lo contrario, Alemania, Inglaterra y Francia, especialmente esta última, con argucias diplomáticas, bajo la capa de una acción civilizadora en la forma, pero ambiciosa y desatentada en el fondo, echarán sus garras de colores en el vecino imperio, sin otra mira que la explotación y el interés de sus negocios. Por eso queremos que España despierte, para evitar que caigamos, entre el Estrecho y el Pirineo, como entre el martillo y el yunque, con peligro de nuestra independencia nacional<sup>57</sup>.

En definitiva, no debemos olvidar que, por encima de toda la retórica y el discurso desplegado por Villanueva, para él y buena parte de las burguesías comerciales siempre prevalecieron los intereses económicos a la hora de mirar hacia Marruecos. Sirva esta cita, extraída de uno de sus discursos en el Congreso en febrero de 1908, para corroborar nuestra afirmación. En ella, los intenta fusionar con el deber civilizador de España, pero el mensaje es claro al citar la minería como uno de los negocios potenciales:

No quiere esto decir que no haya minas y otras clases de intereses a los cuales los españoles tienen derecho a prestar atención y a acudir, como lo hacen los ciudadanos de otras naciones. Precisamente esa es la aspiración, para eso se vuelve hoy la vista a Marruecos, para su civilización, para su progreso, para que allí se desarrollen intereses que puedan redundar en beneficio de las naciones civilizadas [...] que entren allí en el concierto del progreso y la riqueza pública<sup>58</sup>.

---

55. *Memoria*, p. 192.

56. *Ibidem*, pp. 192-193.

57. *Ibidem*, p. 193.

58. DSC, n. 157, 27-2-1908, p. 4.873.



## Conclusiones

La cita con la que acabamos de cerrar el artículo nos sirve para concebir cómo buena parte de la sociedad, políticos y burguesías fueron entendiendo la cuestión de Marruecos en sus inicios. Tiene además otra virtud, y es que a través de ella se aprecia nítidamente la ambivalencia entre los intereses públicos de la nación y los privados y/o personales del propio Miguel Villanueva y de la clase política. Aquí aparecen difuminados hasta el extremo: no se sabe dónde empiezan unos y terminan otros. En todo caso, es claro que en determinados momentos el político actuó como un altavoz político de los intereses comerciales del grupo Comillas. También lo es el hecho de que, subyacente a su discurso africanista, a Villanueva le movió un interés económico particular, tal y como demuestra su participación en el puerto de Melilla y en el ferrocarril de las minas del Rif.

A grandes rasgos, el pensamiento que albergaba sobre Marruecos y el norte de África venía determinado por tratarse de un problema concerniente al Derecho Internacional. Por ende, juristas como Rafael María de Labra o él mismo florecieron en la escena pública para analizarlo, incluido el Congreso, donde se formó un grupo parlamentario africanista no oficial. Si además, como es el caso de Villanueva, especializarse en la casuística marroquí y norteafricana servía para diferenciarse de posibles rivales políticos y consolidarse dentro de la estructura del Partido Liberal, el objetivo era el doble de apetecible. En este tenor, el nexo entre el Desastre del 98 y el redescubrimiento de Marruecos, olvidado desde la campaña de 1860, es a todas luces evidente, como también lo es la conexión de sectores de la burguesía catalana y el grupo Comillas con los intereses comerciales en todo el norte de África y con personalidades públicas como Miguel Villanueva. Además, la creación de instituciones privadas como los Centros Hispano-Marroquíes, de las que Miguel Villanueva fue parte directa o indirecta (ora colaborando en sus medios de expresión, ora en la dirección del de Barcelona), fue indicador de la desconfianza en los poderes públicos para dirigir la acción en África. Lo realmente curioso es que estos entes estuvieran formados en parte por políticos, aquellos de los que la burguesía comercial renegaba en apariencia por su ineficacia.

La respuesta es aparentemente sencilla: ambos se necesitaban mutuamente. Los políticos como Villanueva, que a veces también poseían negocios relacionados, empleaban a los empresarios para financiar las obras necesarias y aportar capital; los empresarios usaban a los políticos para legitimarse de cara a la opinión pública y ejercer el consabido tráfico de influencias del que adolecía el sistema de la Restauración. Todo lo expuesto refuerza aún más esa difusión de los intereses nacionales y privados que hemos reseñado.

Por extensión, el pensamiento africanista de Villanueva en sus inicios se ocupó mucho más de Argelia que de Marruecos. Realmente creía en la posibilidad de conseguir el Oranesado de Francia, y sus intervenciones públicas, escritos y conferencias siguen esta tesis. Sin embargo, tras la conferencia de Algeciras, esta opción se revelará imposible. Fue entonces cuando su atención fue ocupada definitivamente por el territorio del sultanato marroquí, en el cual el país galo y España tendrían que establecer un futuro protectorado. La concepción africanista de Villanueva también sobresale porque empezó en 1903 siendo esmerada, cuidada y estudiada. Creía objetivamente en el poder de las pequeñas obras diarias y de los esfuerzos para impulsar la presencia de los españoles en Marruecos: traducciones de obras literarias, notas como las suyas, publicadas en 1906, viajes de los políticos de primera fila,

preguntas/interpelaciones parlamentarias que dieran a conocer el estado de cosas, etc. Los intereses empresariales y su participación en las obras del puerto de Melilla se entremezclaron muy pronto y se puede asegurar que determinaron su praxis. Paulatinamente, su germanofilia, a raíz de la visita del káiser a Tánger en 1905, se agudizó en sus reflexiones y trabajos, así como su francofobia. El pesimismo para con la administración y los ataques a los gobiernos nacionales, indistintamente del signo que fueran, marcaron igualmente para Villanueva la *orientación internacional* que' usando terminología de Labra, España no debía seguir.

En verdad, su concepción africanista nunca fue todo lo liberal que cabría ser para un político que demostró un nervio y una fortaleza inusitados durante la crisis de la Restauración, la dictadura de Primo de Rivera y la oposición a la misma. En general, las nociones de Miguel Villanueva con respecto al problema de Marruecos estuvieron marcadas por el pragmatismo, por la interrelación con sus negocios privados y por una cosmovisión un tanto conservadora. Con todo, no podemos caer en la tentación de asociar al Partido Liberal la promoción del comercio y al Conservador la defensa de los derechos históricos en el norte de África. En realidad, las disparidades discursivas entre ambas agrupaciones fueron insignificantes. La divergencia radicó, como se ha apreciado en el caso de estudio, en el nivel de intensidad en la intervención en el futuro Protectorado, notablemente más enérgica por parte de los liberales.

Independientemente de lo dicho hasta ahora, podemos concluir que las líneas maestras del pensamiento africanista de Villanueva se caracterizaron por dos aspectos diametralmente opuestos. Uno es la aparición recurrente de la vocación colonizadora de la raza española, que siempre aparece entremezclada con argumentos de tipo comercial, que al fin y al cabo prevalecen en su discurso. No obstante, poco a poco también usa como legitimador de la presencia de España en el norte de África los derechos históricos, pero cuidándose de no introducir referencias concretas para no caer en una retórica aún más conservadora. El segundo es el rechazo visceral y absoluto a las posturas abandonistas. Villanueva estimaba que olvidarse de Africa equivaldría a la renuncia absoluta de la representación nacional y a uno de sus más característicos empeños: recuperar el prestigio internacional perdido y emular a las grandes potencias mundiales que en el siglo XIX habían iniciado los procesos contemporáneos de colonización. Además, según esta lógica, la presencia de España en el norte de África podría frenar el ansia expansionista francesa en el Magreb y a Gran Bretaña en el dominio del Estrecho de Gibraltar.

En lo que Villanueva sí coincidió con otros políticos liberales que trataron los intereses de España en Marruecos, como el abandonista Rafael Gasset Chinchilla, Canalejas o García Prieto, fue en advertir el desinterés y la desidia, no solo por parte de la prensa, sino también del grueso de la clase política sobre el tema. No cabe duda de que el mundo que se abría respecto de la penetración en Marruecos y el norte de África se convirtió para el político madrileño en una materia internacional de más importancia que la cuestión de América décadas atrás.

